

hoy escribe

Txillardeggi (\*)

puntaren puntan

Democracia y autodeterminación

Hace todavía pocos años, el término «social-imperialismo» se popularizó ampliamente en nuestro país con su significación propia.

Así como el término «socialismo» implicaba el final de la opresión de clase, y la edificación subsiguiente de una sociedad verdaderamente igualitaria e inter-nacionalista, de pueblos hermanos e iguales, el término «social-imperialismo» significaba, por el contrario, un proyecto de conjunto de Estados sin clases, sí, pero con pueblos y culturas preferentes y hegemónicas dentro de los mismos, y pueblos y culturas imprentables, destinados a desaparecer en aras del «bien común».

Se traslucía así claramente que el proyecto social-imperialista no era sino el proyecto imperialista a secas, pero justificado esta vez con argumentos «progres» y pseudo-intelectualistas. Una vez que el fondo del planteamiento fue comprendido y desenmascarado, perdió su base social en el pueblo vasco, y acabó siendo defendido sólo por los grupos españoles de signo más reaccionario.

Hoy día estamos en presencia de un fenómeno análogo, que cabría bautizar tal vez como «demo-imperialismo» término que se situaría respecto a «democracias» en homología perfecta al par «social-imperialismo»-«socialismo» anterior. El «demo-imperialismo» no es otra cosa que la justificación del imperialismo con argumentos post-modernos y pseudo democráticos.

Es frecuente hoy, por ejemplo, y no siempre por mala fe, escuchar preguntas como éstas: «Pero, ¿qué quieren los vascos ahora? Tienen ya sendos gobiernos democráticos, y hasta socialistas, en París y en Madrid; tienen hasta los gobiernos autónomos en Pamplona y en Vitoria, tienen sus partidos políticos propios... ¿qué más quieren? ¿por qué no aceptan ya ese marco constitucional? ¿por qué no son democracias?».

Y quienes hemos conocido otras épocas y otros ambientes, no podemos menos de recordar aquellas airadas protestas: «¿por qué no los socialistas, a secas? Admitid el cuadro de las organizaciones estatales francesas y españolas en que vivís, y luchad dentro de ellas. ¿Por qué no? Todo se andará. Además,

y dado que el fenómeno nacional es una fase efímera, ligada a la pervivencia del capitalismo y que desaparecerá con él, ¿por qué aferrarse de esa manera a un falso problema: herencia clara del nacionalismo burgués?».

Ahora, el razonamiento «demo-imperialista» es prácticamente idéntico: «¿por qué no admitís el marco vigente hispano-francés, que ha aprobado la mayoría? ¿por qué no os conformáis con un sano regionalismo? ¿por qué no dejáis de lado vuestro engrimeamiento? ¿por qué no sois democracias, a secas?».

Y la respuesta es análoga a la que dábamos entonces: así como no es posible edificar el socialismo sobre la opresión imperialista heredada del Estado burgués, tampoco es posible establecer la legitimidad democrática sobre la desigualdad existente hoy entre los pueblos y culturas que constituyen el Estado español. El primer paso para que la democracia sea posible es la liquidación del esquema: pueblo y cultura preferente dentro del Estado/ pueblos y culturas de segunda, simplemente tolerados en un alarde increíble de apertura de espíritu.

En marzo de 1985 escuchamos, en las diferentes capitales vascas, excelentes y documentados trabajos sobre este problema. Recordemos, por ejemplo, las clarividentes exposiciones de Guy Héraud, de Héctor Gros Espiell, de Willy Kuypers, de Txema Montero, de Iñigo Iruin, de Paulo Irueta, y que cabe leer en los dos tomos publicados por «Herria 2000».

Justamente acaba de aparecer un denso libro, escrito por el profesor Edmond Jouve («Le Droit des Peuples», P.U.F. Paris, Mayo 1986), que no tiene desperdicio.

Los vascos carecemos de derechos democráticos, porque se nos sigue negando el derecho que los hace posibles: el derecho a la autodeterminación.

En el Estado español se ha establecido, tras la muerte de Franco, un régimen de democracia burguesa, homologable, hasta cierto punto, a otras europeas. Eso es cierto. Pero a los vascos, por mucho que se cacaree lo contrario, ese cambio no nos ha afectado fundamentalmente. El derecho a la autodeterminación, y la legalización de dos gobiernos

marioneta, son cosas distintas; porque autodeterminación implica derecho a la libre asociación, e incluso derecho a la separación. Nivelación por descentración administrativa y auto-determinación son cosas distintas. El problema de Castilla-León y el problema nacional vasco, sin comillas, son cosas completamente distintas.

El carácter previo de la aplicación del derecho a la auto-determinación, no tiene discusión. Sigamos el texto de Jouve (pp.105-106): resolución 637 (VII) de la Asamblea de la ONU (16-XII-1952), que enuncia que el derecho a la autodeterminación es una condición previa al disfrute de los derechos fundamentales del hombre;

—resolución 35/35A (de 14-XI-1980) que dispone que el derecho a la autodeterminación es una condición imperativa para el disfrute de los demás derechos;

—resolución 36/10 (de 28-X-1981) que afirma que los derechos de los pueblos son una condición previa al disfrute de los derechos fundamentales del hombre;

—«la autodeterminación, además de ser un principio de Derecho Internacional, es... una condición necesaria y previa a la existencia y al disfrute de los demás derechos y libertades de la persona humana», dice Héctor G. Espiell, ponente oficial de la ONU.

No seguiremos copiando afirmaciones análogas.

Mientras el pueblo vasco no obtenga, y pueda ejercer sin cortapisas, su derecho inalienable a la autodeterminación, los vascos seguiremos careciendo de derechos democráticos. Y hora es de hacerlo saber.

Porque este criterio, fundamentalísimo, no sólo es el nuestro, por supuesto, el de todos los abertzales. Sino también el de los más prestigiosos especialistas del derecho internacional.

Queda claro también, naturalmente, que quienes nos niegan ese derecho de uno u otro modo, o quienes declaran que «ya nos hemos autodeterminado», y que la prueba son Ardanza y Urralburu, se sitúan, sin más, en el exacto lugar que les corresponde. De sobra sabe el lector cuál es.

(\*) Lingüista. Senador HB

El espíritu de Cassinello

El señor Roldán, convertido por obra y gracia de la democracia en el primer civil al mando de la Guardia idem, viene explicándonos por activa y pasiva, desde el momento fausto de su nombramiento, las maravillas y bienandanzas del Benemérito Cuerpo.

Habla el señor Roldán, veneradamente recordado por las Navarras, de su admiración por los Verdes (no precisamente los alemanes) y explica que él también, como su colega Pepe Barriónuevo, ha recorrido su particular camino de Saulo hasta descubrir con gozo y deslumbramiento el verdadero rostro de la Guardia Civil.

Caido ya del caballo, postrado de hinojos ante el ticornio santo, puro e inmaculado, Roldán exulta en su nuevo puesto de mando, para dejarnos en la duda fundada de si el antiguo delegado gubernamental aspira a civilizar a la Guardia Civil o a guardiacivilizar a las Españas. Ahí está el meollo de un pretendido acontecimiento en el que se especula con la presencia de un paisano al frente de un instituto armado. ¿No estaremos, por el contrario, ante la primacía de un Duque de Ahumada ganando terreno en el corazón y cerebro de los profesionales, de los pretendidamente liberales o socialistas que sólo esperaban conseguir un bastón de mando en cualquier Virreinato para hacer oposiciones inmediatas al sillón de Camilo Alonso Vega de Aramburu Topete o Sáez de Santamaría?

El señor Roldán, en su fervor de converso reaccitrante, no ha dudado incluso en afirmar que ya que no en la letra, se identifica desde luego con el espíritu de Cassinello. Es bueno saberlo. Es bueno saber que a caballo del espíritu Arias o del espíritu Carrero Blanco, un paisano de Zaragoza puede alcanzar la gloria militar. Porque el espíritu está incluso por encima del uniforme. Que lo digan Onésimo Redondo y Calvo Sotelo, caídos por Dios y por España.

J. ABRANETA

hemeroteca

Genaro y los otros

(Robert Pastor, en «Deia», 5-11-86)

... Genaro no llevó fotógrafo. Ni se quedó a esperar. Le mataron porque, a impulso de su temperamento, se situó el primero, delante de sus seis ertzainas. ¡Que fueron seis, y no decenas! Sin tanquetés, ni cor de tráfico, ni alarma a los eiz dadanos, ni en horas de la madrugada.

De esas diferencias también debería tomar notas el señor Barriónuevo.

Pero el ministro español del Interior no ha sido el único que ha tratado de explotar electoralmente el asunto. El domingo por la tarde, en la Radio Nacional de España, el primer político que preguntaron por la liberación de Lucio fue, casualmente, el líder de SV, Carlos Garaikotxea.

Y e ex-lehendakari quise apropiarse de la figura del héroe diciendo que había sido su colaborador cuando él presidía el Gobierno. Que le consideraba «algo propio». Lo dijo con la mayor sans facon, cuando le consta que Genaro no quería ni hablar de

SV, como no fuese soltando improperios. Hasta su muerte ejemplar sólo conoció una causa, una forma de actuar y un partido. Precisamente el que abandonó Garaikotxea con los suyos.

Parecidos y originalidades

(Emilio Romero, en «OTR/Pressa», 5-11-86)

Ayer lei este delicioso título en una información. Era una frase del primer ministro francés, Jacques Chirac: «Felipe González y yo hablamos el mismo lenguaje y tenemos los mismos objetivos». Me supuse enseguida las caras sonrientes de los comunistas al oír esto, y las de ciertos socialistas de la fidelidad a sus ancestros, y de Ramón Tamames con su progresismo de izquierda. «¿Lo véis? —dirán todos—, el socialismo está haciendo una política de derechas». Chirac viene a Madrid y vamos a ver lo que dicen los dos —González y Chirac— a los periodistas. De los tres personajes franceses de la coalición, Chirac es el más derechista, utilizando la terminología española, que ya no se lleva en ninguna parte; pero es

para entendernos. Chirac no nacionaliza; González tampoco. Chirac es antiterrorista; González también. Chirac es reprivatizador y González está en ello, empezando por lo de Rumasa. Chirac está en la OTAN con condiciones, y González también. Chirac está entregando etarras a González —cosa que no hizo el socialista Mitterrand— y González lo agradece. La frase es perfecta: el lenguaje es el mismo, y también los objetivos. Pero tras oír esto, habrá que pensar también en las caras de la gente

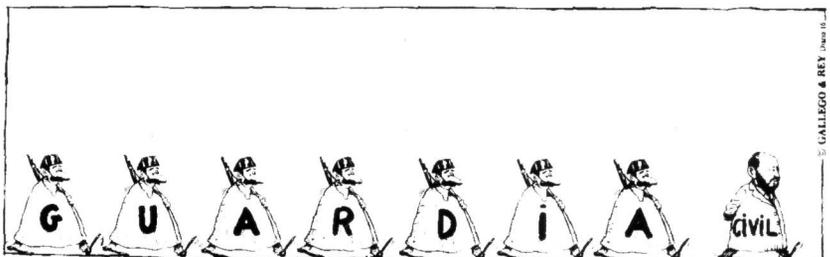
del centrismo y de la derecha. Si el lenguaje del derechista francés, y sus objetivos, son los mismos, que los de Felipe González, ¿en qué se parece Chirac a Fraga, a Alzaga, a Segurado, a ese trio de la coalición?

Chirac, en Madrid

(Carlos Dávila, en «Diario 16»)

Chirac, en Madrid.— Un día, sólo un día, va a estar esta semana

en la capital de España el jefe del Gobierno francés. Este Chirac que viene a Madrid está colaborando como nunca pudo verse con España a la hora de reparar otra injusticia histórica: el apoyo (o el silencio, que tanto da) de Francia a los terroristas de ETA. No pasa semana en que nuestro vecino país no nos envíe el «regalo» de otro etarra confeso para ser juzgado en España. Para dentro de unos meses es posible que el más clásico de los terroristas «Peio el Viejo» pueda venir a España.



(«Diario-16»)